

Ofelia Rey Castelao (2021). *El vuelo corto. Mujeres y migraciones en la Edad Moderna*. Universidade de Santiago de Compostela, 443 pp. ISBN: 978-84-18445-55-2.

MANUEL JOSÉ DE LARA RÓDENAS

*Universidad de Huelva*

lara@dhga.uhu.es

<https://orcid.org/0000-0001-7668-0688>

En 2022, Ofelia Rey Castelao, catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Santiago de Compostela, recibió el Premio Nacional de Historia por su obra *El vuelo corto. Mujeres y migraciones en la Edad Moderna*. El premio vino a reconocer no solo un libro fundamental en el análisis de la movilidad (y, por otro lado, también la vida sedentaria) de las mujeres en la época moderna, sino también una fructífera trayectoria en los estudios demográficos, económicos y sociales, fundamentalmente en el área rural gallega, que ha hecho de la profesora Rey Castelao un nombre imprescindible en la renovación de la historia española acerca de esos ámbitos. Este libro es el fruto, de hecho, de una larga investigación sobre tales cuestiones, que ahora toma forma en un volumen que, en muchos aspectos, supone un hito en la historia de género en España.

El libro comienza de la mejor manera. Debo aconsejar a los futuros lectores que no se pierdan el cálido y personal «prefacio», que es algo así como la historia de la historiadora: vicisitudes familiares que se remontan a las generaciones de bisabuelos y abuelos de la autora y que presentan, por línea paterna, a gallegos emigrados a Chile, Cuba y Argentina y, por la materna, a una familia de campesinos enraizados en la tierra, que apenas salieron de la provincia coruñesa. Unos y otros marcan esas dos posibilidades (irse o quedarse) que, como afirma la profesora Rey Castelao, en cuya persona convergen todas esas historias y destinos, no fueron nunca objeto de elección propia.

La introducción de la obra, que la autora denomina «un poco de teoría», parte del alegato, en medio de la moda actual de la historia narrativa, de lo mucho que debemos a la historia serial: ese trabajo con grandes masas documentales, cuantitativo o no, que aportaba solidez y fiabilidad al análisis y que durante buena parte del siglo xx posibilitó hacer muy buena historia social. Me refiero a una historia social de grandes conjuntos, no de casos particulares extrapolados. El alegato es

pertinente y funciona como aviso, porque hay que decir que el manejo de una copiosa documentación es precisamente una de las cualidades más destacadas en la realización de esta obra. *El vuelo corto* está, así, muy lejos de constituir un conjunto de estudios de caso, como ahora se dice. Al contrario, su investigación está cimentada en datos de miles de mujeres que, por uno u otro motivo, tuvieron que abandonar su casa en los siglos de la Edad Moderna y cuyas historias entrecruzadas constituyen la densa trama que da textura a estas páginas. Impresiona la cantidad de referencias que desfila por ellas y la maestría con la que se consigue que las conclusiones fluyan, a pesar de la masa informativa, con confianza y naturalidad.

Como dice Ofelia Rey, el planteamiento general de la obra arranca del estudio de «la relación de las mujeres con la movilidad y las migraciones», pero acude luego a analizar el entronque «de estas con el trabajo y la integración social, en el que falta mucho por hacer». Esos son los objetivos principales, para alcanzar los cuales se traen a debate, fundamentalmente, tres grandes ámbitos de trabajo o modelos femeninos: las mujeres migrantes, las sedentarias y aquellas que se vieron afectadas por la ausencia de los hombres. Ese «falta mucho por hacer», combinado con la extensión espacial de lo estudiado (el territorio español en su conjunto), hace que la profesora Rey Castela admita la existencia de insoslayables desequilibrios zonales en el libro, proyección de esos otros desequilibrios de la investigación desarrollada por los historiadores hasta aquí, pero eso no obsta para que la visión de conjunto sea contundente y válida. Por otro lado, aunque el «ángulo de observación», como dice la autora, es en buena medida demográfico, la propia dinámica explicativa del trabajo hace que, en el fondo, la investigación hunda sus raíces en verdadera historia social y cultural, pues, obviamente, ningún movimiento se hace aislado de las condiciones de vida, familia, trabajo y visión del mundo, entre otras cosas.

Es evidente que los trabajos sobre mujeres y migraciones se han visto menoscabados hasta aquí por cuestiones historiográficas de distinto alcance, derivadas en muchas ocasiones de planteamientos ideológicos tradicionales. La idea, por poner el caso, de que la mujer en movimiento era sinónimo de desorden natural o moral estaba ciertamente extendida en la concepción del género de las sociedades preindustriales y podrían multiplicarse los ejemplos literarios que la respaldaban. Hoy es de suponer que ya no es una idea intelectualmente operativa, pero proyecta de alguna manera su sombra. Más allá de las opiniones, publicadas o no, sobre la relación de las mujeres con el hogar o con la permanencia de la familia (el síndrome de Penélope, podríamos decir), el estudio o tratamiento de las migraciones masculinas ha oscurecido las femeninas, en el supuesto de que el movimiento de las mujeres estaba inducido o arrastrado por el de los hombres o se incluía en el desplazamiento del mismo lote familiar, negándole o restándole autonomía propia. Por otro lado, la mayor atención dedicada a las migraciones de larga distancia ha descuidado aquellos otros desplazamientos de menor radio,

en los que las mujeres fueron notables protagonistas, de modo que escaparon al foco de la historia.

Pero, como la profesora Rey Castelao pone de manifiesto, las migraciones masivas de mujeres en el mundo de hoy (la mayoría de índole laboral) ha recordado a la investigación histórica la existencia en el pasado de desplazamientos de mujeres que escaparon a los clichés entonces vigentes: hubo mujeres migrantes del campo a la ciudad por motivos de trabajo, las hubo que cambiaron de residencia por causa de exilio o persecución, o que protagonizaron repoblaciones, y hubo mujeres viajeras. Pocas investigaciones de nuestro pasado, afirma la autora, abordan todavía a las mujeres migrantes tomando «conciencia clara de su condición de trabajadoras, de personas independientes que tienen necesidad de un ingreso para vivir o para mantener a los suyos». Para más abundar, escasos trabajos se dedican a las mujeres que quedan en su tierra cuando los hombres se van: mujeres solas que se enfrentan a la supervivencia social y laboral y que son la otra cara de la migración masculina. Aquí quiero recordar a la profesora María José de la Pascua, tristemente fallecida, y a su obra pionera *Mujeres solas*.

En el cuerpo de la obra, Ofelia Rey parte de lo que llama movilidad intrarural, es decir, desplazamientos de corto radio para trabajar a jornal en el campo o para integrarse en el servicio doméstico (las dos movilidades más frecuentes de la mujer en época moderna), o bien para contraer matrimonio. De hecho, como señala la autora, «la mayoría de las mujeres rurales no murieron en la misma casa en la que nacieron». Para analizar esta realidad, el libro recorre los condicionantes que explican las formas e intensidades de la migración femenina, desde los datos demográficos hasta los ordenamientos legales y las prácticas matrimoniales y sucesorias, sin las cuales es difícil entenderla. En general, en el conjunto de España, como en otros sitios, las mujeres abandonan su hogar, mayoritariamente, para ir «a casar o trabajar»: un movimiento vital, hasta ahora invisible para muchos libros de historia, que comportaba sus riesgos y conflictos, a los que la profesora Rey dedica lúcidas páginas. Se fija principalmente, en este caso, en el grupo de las criadas, sin duda más vulnerable, y examina sus condiciones de vida y trabajo a través de su contacto con la realidad judicial, pues no pocos de los problemas en los que se ven envueltas (en especial, los impagos de salarios, los robos domésticos y las situaciones de índole sexual) terminan en los tribunales, lo que, dicho sea de paso, les aporta mayor visibilidad documental que a las que trabajan en otros sectores. Esta es una parte del libro en la que la autora muestra la solvencia de sus reconocidas investigaciones en torno a las mujeres en el ámbito de la justicia y donde el latido de la vida cotidiana se percibe con más nitidez.

Naturalmente, no todas las mujeres, en su mayoría jóvenes, que pasaban a buscar trabajo en el servicio doméstico generaban movimientos migratorios, pero sí hubo muchas que dieron pie a desplazamientos campo-ciudad, al igual que aquellas otras que integraron lo que la autora llama «movilidad del hambre y del

miedo»: la protagonizada por ancianas en busca de asistencia, jóvenes embarazadas en pos de discreción o muchachas casaderas con deseo de aumentar su dote o encontrar acomodo matrimonial, entre una casuística más amplia y variada. En Madrid, por ejemplo, según el censo de 1787, trabajaban entre 25 000 y 30 000 mujeres, dada la capacidad de la capital para ofrecer trabajo doméstico y unos salarios más elevados que en otras zonas. Es verdad que estos desplazamientos del campo a la ciudad incluían casos de notable precariedad, que podían terminar en actividades marginales o directamente en la prostitución (un gran porcentaje de prostitutas localizadas documentalmente eran forasteras), pero, como afirma Rey Castelao, es difícil comprobar la magnitud de estas situaciones más allá de los prejuicios y tópicos imperantes, amplificadas por la literatura. Por cierto, que las páginas dedicadas a la presencia de estas mujeres, especialmente las criadas, en las obras literarias de los siglos XVII y XVIII son particularmente disfrutables por el lector interesado. Completan esta parte de la obra los apartados dedicados a los casos particulares de las mujeres gallegas, a las mujeres que se desplazaban de manera forzada (casadas que se veían arrastradas por sus maridos, esclavas, escapadas de la violencia, huidas de la justicia o deportadas y desterradas), a las emigrantes a América y, finalmente, a las mujeres extranjeras llegadas a España, muy especialmente las irlandesas.

Quizás para que el estudio detenido de la movilidad de las mujeres en la España moderna no contribuya a dar una imagen sesgada del conjunto, dado que no fue la única posibilidad de organizar sus vidas ni la mayoritaria, el libro se introduce luego en el análisis de aquellas otras mujeres que Ofelia Rey denomina «estables y sedentarias». «Las familias —afirma la autora— gestionaban también la permanencia de sus componentes, necesaria para garantizar la reproducción del sistema y para asegurar su anclaje a la tierra y su propia estabilidad». En términos globales, como sigue señalando, el sistema de herencia tuvo una acusada responsabilidad en la existencia de una mayor o menor movilidad: mientras las zonas que practicaban la sucesión desigual auspiciarían el desarrollo de la emigración (el norte de la Península, esencialmente), las que mantenían la herencia igualitaria favorecerían la estabilidad de los miembros de la familia, especialmente las mujeres. Desde luego, la presumible igualdad en el sistema de sucesión que la preconizaba distaba de ser una realidad absoluta, dado que el ordenamiento legal y la práctica testamentaria admitían la posibilidad de la mejora de un heredero respecto a otro, así como estrategias más o menos complejas de distribución de bienes sucesorios que rebasaban ese principio teórico igualitario. Todo ello es tenido en cuenta por la autora, que concluye que, en estas áreas presuntamente igualitarias, «las desigualdades que había en la práctica testamentaria tendieron a beneficiar a los hombres». Pero no hay, según se ve, que exagerar el peso de estas circunstancias en la existencia o no de movilidad en la vida de las mujeres dentro de las sociedades preindustriales. En el caso de las mujeres rurales (que significan entonces,

aproximadamente, el 75 % del total), la estabilidad y el sedentarismo de sus vidas se explican sobre todo por su fijación al trabajo y porque su papel en la economía agrícola era fundamental para el mantenimiento de sus familias, especialmente si eran áreas de fuerte emigración masculina o de trabajo de jornaleros. Un buen análisis de los tipos de trabajo femeninos, domésticos o laborales, y estos según zonas y modalidades de producción, es el que presenta el libro en estas páginas.

El libro concluye con el estudio de las mujeres solas, o que se sitúan «frente a la ausencia», tal como se titula este último capítulo. No son solo mujeres de emigrantes, porque «la soledad era el resultado de muchas ausencias», aunque las mujeres casadas con hombres que emigran o que mueren lejos son las que la profesora Rey Castelao analiza con mayor detenimiento. En realidad, desde hace algunas décadas, las mujeres solas no han faltado de la investigación histórica, aunque la mirada ha estado dirigida en su mayor parte a viudas y solteras definitivas y ha presentado un sesgo interpretativo que ha puesto de realce esencialmente las dificultades y precariedades de esas circunstancias de vida. La autora estudia muchas clases de ausencia y cómo esta determinaba la vida de las mujeres que la sufrían, pero se extiende también a otros tipos de situaciones matrimoniales y familiares más complejos y que a menudo exigieron la intervención de la justicia, civil o eclesiástica, incluida la inquisitorial antes de 1770: principalmente, la bigamia. También la infidelidad y el infanticidio, aunque, obviamente, no eran realidades que tuvieran que estar determinadas de manera directa por las movilidades familiares. Del mismo modo que en otras partes de la obra, Ofelia Rey dedica unas páginas a analizar con más detalle el caso gallego y el de otras áreas rurales del norte de la Península, con valiosos aportes demográficos, socio-económicos e incluso de historia cultural, pues «se comprueba que, en las áreas de migración masculina, las niñas no iban a la escuela». El tipo de vida que les esperaba, con precariedad y endeudamiento, ante la ausencia de los hombres de la familia, y los trabajos que les ataban al lugar donde residían y posiblemente habían nacido ocupan las páginas finales de este libro. Un rayo de luz, sin embargo, sirve para cerrarlo, pues eran mujeres que atravesaban muchas dificultades vitales, pero que no estaban indefensas: la existencia de estrategias de supervivencia y acomodo y la posibilidad de apelar a la administración y a la justicia abrían rendijas para resolver algunos problemas estructurales o sobrevenidos de la vida cotidiana.

En resumen, *El vuelo corto*, de Ofelia Rey Castelao, Premio Nacional de Historia en 2022, es una obra fundamental en el estudio de las mujeres de época moderna en relación con la movilidad, tanto desde el punto de vista de su integración en desplazamientos —muchos de ellos de radio medio o corto— como desde la perspectiva inversa: la mayoritaria estabilidad de sus vidas, especialmente en las zonas rurales. Sin sucumbir a las seducciones del narrativismo histórico, Ofelia Rey nos ofrece un panorama completo y coral (pues integra una gran parte de los resultados obtenidos en los últimos años en España), a partir de fuentes di-

ficiles y masivas, aproximándonos con maestría a estas cuestiones y mostrándonos lo mucho que puede hacerse en la investigación cuando esta se enfoca con finura de análisis y sin miedo a la documentación.